

prójimo. Y sobre todo, paguémoselas todos al Señor. La gratitud, la buena fe y la justicia nos obligan á ello. ¿Qué beneficios no hemos recibido de su generosa mano? ¿Cuántas palabras le hemos dado de amarle y de no ofenderle? ¿Qué hay en nosotros que no sea suyo? Seamos, pues, agradecidos, fieles y justos. ¡Dios mio! no entreis en cuenta con nosotros, pues siéndoos deudores de inmensos beneficios, no podemos satisfacer á vuestros cargos. Perdonad nuestras deudas. Reconocidos os ofrecemos en sacrificio cuanto somos, el corazon, la vida, el alma. Admitidlo en satisfaccion de nuestras deudas. Tened misericordia de nosotros, para que despues de haberos amado en la tierra, cantemos eternamente vuestras alabanzas en el cielo.

Véase: HURTO.

DEVOCION

(LA VERDADERA Y FALSA).

I.

Via Sion lugent eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.

Enlutados están los caminos de Sion; porque no hay quien vaya á sus solemnidades.

(Lam. 1, 4.)

Lloran los caminos de Sion, porque no se halla persona que venga á la solemnidad. Así se lamentaba en otro tiempo el gran profeta Jeremías, al mirar desierto el magnífico templo de Jerusalem, los sacerdotes solos, ofreciendo los sacrificios, y el pueblo enteramente ol-

vidado de la asistencia á la santa casa del Señor. No podemos en el dia lamentarnos, como el profeta, de que falten personas que concurren á las solemnidades. Ninguna otra cosa vemos más frecuentemente, que inundarse las iglesias de toda clase de gentes, concurrir á los templos, como á competencia, todos los estados, y formarse una especie de ley, para no faltar á las funciones de iglesia y oír los sermones. Sin embargo, si atentamente miramos las costumbres de los pueblos, si desciframos los caracteres de la verdadera devocion, acaso hallaremos ménos verdaderos devotos que pensamos, y las solemnidades y fiestas tan desamparadas de espíritu y verdadera religion, como en tiempo de Jeremías.

Porque, efectivamente, si separamos la devocion faustosa y ruidosa de los que concurren á las solemnidades, solo por hacer ostentacion con el pueblo, de que contribuyen á ellas con todo su poder, y se franquean liberalmente para sostenerlas; si entresacamos las devociones naturales, las de inclinacion, las de génio y de interés, las devociones dulces, ociosas y cómodas, las devociones de los tibios, los relajados y los pecadores; si separamos, finalmente, todas las devociones, que no tienen espíritu, religion ni solidez, es muy temible que queden pocos verdaderos devotos, y que podamos lamentarnos con el profeta de que, *Via Sion lugent, eo quod non sint, qui veniant ad solemnitatem.*

Pero, demos gracias á Dios, amados oyentes míos, porque aunque sea verdad, qué no hay tantos devotos como se dice, no hay tan pocos como los libertinos piensan. Dios nuestro Señor tiene almas fieles, y en todos los estados conserva la más sólida y verdadera piedad. Hay rectitud, integridad y religion en todas las condiciones de gentes; hay verdaderos devotos y devotas en el siglo. Si los mundanos pudiesen ver lo que pasa en ciertas almas sólidamente cristianas y piadosas; si penetrasen la rectitud de sus intenciones, la pureza de sus sentimientos, la delicadeza de su conciencia; si supiesen cuál es su caridad, su humildad, su paciencia, su mortificacion y su desinterés, apénas querrian creerlo, y quedarían admirados, movidos y avergonzados; y léjos de ridiculizar la piedad, como lo hacen frecuentemente, respetarian aún las apariencias de la falsa devocion, por no exponerse á censurar la verdadera. No lo dudemos, señores: hay almas llenas de un piadoso y humilde afecto para con Dios, que es en lo que consiste la verdadera devocion; afecto humilde por el conocimiento de la propia miseria, y afecto piadoso por la consideracion de la clemencia divina. Hay almas, que tienen una voluntad generosa, pronta y preparada para entregarse á todas las cosas, que

pertenecen al culto del Señor; constantes y firmes en las santas prácticas, que una vez establecieron; activas y laboriosas para no omitir un ápice de sus obligaciones, por cualquiera devocion, por muy espiritual que parezca; interiores y espirituales, por la compañía que su corazón hace á sus labios. Hay, pues, verdadera devocion en los justos, y falsa devocion en los pecadores: es forzoso que el ministro de la divina palabra desengañe á éstos, fortifique á aquéllos, y proporcione á todos una sólida instruccion.

Ponedla, oh padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, en mis labios y en mi corazón, para que yo se la comunique á estas almas: concededme, Señor, esta gracia por la intercesion de vuestra Madre santísima, con cuyo patrocinio doy principio. A. M.

1. Siempre la virtud ha sido una cualidad recomendable; siempre la verdadera devocion ha merecido los respetos de todas las gentes, hasta de sus mismos enemigos. Por engañosa que sea una vida desarreglada y licenciosa, por más progresos que haga cada día la corrupcion de costumbres en el mundo, por contagioso que sea el mal ejemplo; la piedad cristiana nada pierde de su pureza, ni de la estimacion que justamente le es debida. Los hombres más perdidos, las personas más tibias en la virtud, y los cristianos más fieles y fervorosos, todos hacen la corte á esta excelentísima virtud, con la diferencia, que en los primeros es una devocion falsa, en los segundos una devocion inútil, y en los terceros una devocion provechosa. Necesitamos, pues, reprender á los pecadores, desengañar á los tibios y confirmar en sus buenos propósitos á los fervorosos.

He dicho, que los hombres más perdidos, las gentes más estragadas en los vicios tienen sus devociones, y se emplean, algunas veces, en varios ejercicios de piedad. Sus labios, dice el Señor, MATTH. xv, 8, me honran; pero su corazón huye de mi presencia. Ellos ponen su lengua en el cielo, sumergiendo su corazón en el infierno; y aunque sus pasiones los dominan, los vicios los arrastran, el mundo los vence y el demonio los engaña, todavía ellos, dejando reinar en su interior estos abominables desórdenes, tributan al Ser supremo, en ciertos momentos, algunos ejercicios de culto exterior. ¡Válgame Dios, amados míos, y qué verdad tan terrible, pero tan práctica, tan universal, tan cierta! ¿Es posible que un libertino, un mundano, un vicioso, tengan sus devociones? Sin duda alguna. Pero ¿cómo? Escuchadlo: un libertino, sin ley, sin religion y sin virtud; un hombre, que con un exterior aparente de probidad oculta un corazón indiferente en materia de religion; que niega en su interior las inmuta-

bles verdades de la fe; que se burla de los ministros del Altísimo, como de unos hombres ilusos; en medio de su impiedad, allá á sus solas y en su retiro, tal vez rezan el rosario de la santísima Virgen, por librarse de ciertas agitaciones interiores que los molestan y conturban. Un mundano tiene tambien sus devociones, sí: un mundano, cuya ley es la vanidad, cuya regla es la razon de estado, y cuyo Evangelio son las máximas del siglo: sus timbres, sus títulos, sus honores, sus empleos, su lujo, sus excesos, sus indecencias en los vestidos, su disipacion en las tertulias, su prodigalidad en los juegos y en otras pecaminosas diversiones, embriagan todos sus sentidos y llenan su espíritu de altanería, de soberbia, de orgullo, de arrogancia, hasta no poder sufrir la amonestacion de un amigo, el consejo de un hombre sabio, ni el mandato de un superior; con todo, en ciertos intervalos que le permite su vida, entregada á todos los deleites del sentido, y á todas las satisfacciones del amor propio, revuelve su escapulario, dice sus *Pater noster*, y con él se cree á cubierto de la cortante espada del Omnipotente, que amenaza con la muerte eterna á una vida enemiga de la mortificacion y penitencia. Pero, ¡ay! que resuena el eco de esta pavorosa voz: *Qui talia agunt, regnum Dei non consequentur.* GALAT. v, 21.

Un vicioso, un mundano, un libertino, no se salvarán, por más que recen el rosario, por más escapularios que lleven, si no dejan sus vicios, si no enmiendan su vida, si no hacen frutos dignos de penitencia. Sí, cristianos míos; esta es una devocion fantástica, que solo puede contribuir para que se pierdan con serenidad los pecadores, para que perseveren en su mala vida, pensando hallar, mediante tan falsa devocion, su remedio en la muerte. Pero contra estos falsos devotos, claman las santas Escrituras, con espantosas palabras: *Qui autem non credit, jam judicatus est.* JOANN. III, 18. ¡Ay de los libertinos, que no sometiendo su entendimiento en obsequio de la fe, contradicen sus infalibles verdades; porque el que no cree, ya está juzgado con los réprobos! ¡Ay tambien de los mundanos, que creyendo las verdades eternas, viven como si no tuvieran Evangelio, ni en él estuvieran escritas aquellas santas máximas, que tanto aborrecen el pecado, y tanto recomiendan la virtud! Lascivos, mundanos, viciosos, abrid los ojos en tiempo oportuno; conocéd en tiempo oportuno las misericordias de Dios, y hacéd frutos dignos de penitencia. No os fieis en esas devociones fantásticas, que solamente pueden contribuir, para que os vayais al infierno con una lastimosa tranquilidad. Entended, os suplico por amor de Dios, esta verdad de fe: sin enmienda, no hay perdon; sin penitencia, no hay cielo.

Bien quisiera yo, que estas terribles verdades determinasen tambien á los devotos tibios, á abandonar su languidez y tibieza; pero, esta segunda clase de devotos es una de las más irremediables. Los tibios son unas personas que viven una vida comun en el cristianismo, media, entre los fervorosos y relajados, porque no son de los espirituales, ni de los mundanos. No de los espirituales, porque no tienen un amor generoso á Dios, sobre todas las cosas. Tampoco son de los mundanos relajados y pecadores perdidos, que corren desenfrenadamente por el camino de los vicios.

Los tibios visten á la usanza del país, lo mejor y más brillantemente que pueden, oyen sus misas los días de fiesta, y tambien algunos de labor, hacen sus devociones, interpolándolas ó interrumpiéndolas, cuando se ofrece, con los festejos, los bailes, los juegos, los entretenimientos y placeres: confiesan una ó dos veces al mes, pero siempre unos mismos defectos, porque nunca se resuelven eficazmente á una vida más exacta y más cristiana. Incurren en murmuraciones leves y graves, impaciencias frecuentes, altiveces de genio, deslices de la lengua, curiosidades impertinentes por saber las vidas y costumbres ajenas, poca atencion á los divinos misterios, ninguna vigilancia contra los peligros del mundo, y ningun aprovechamiento con la frecuencia de los santos sacramentos. Nada asusta á los tibios este tenor de vida; y como es una verdad de fe, que el que desprecia las cosas pequeñas, caerá en las grandes, ellos se miran, cuando ménos lo pensaban, enredados en los lazos de Satanás, engañados con las máximas del mundo, arrastrados de los viciosos desarreglos de sus pasiones, y hechos objeto de la cólera del omnipotente Dios.

¡Ojalá, ojalá, dice el Señor, fuerais fervorosos ó fuerais frios! pero, porque sois unos tibios, esto es, ni buenos ni malos, me provocais á náusea, me obligais á que os abandone, y me aparte para siempre de vosotros.

¿A quién, oh gran Dios, se dirigen unas palabras tan espantosas? A tantos y tantas de mi auditorio, que como árboles infructuosos plantados en el jardín del cristianismo, no llevan más fruto que hojas y se hallan á punto de ser malditos del Señor; á tantos y tantas que, como las vírgenes necias, no se previenen con tiempo del óleo santo de buenas obras, para cuando las llame el Señor, exponiéndose á quedar excluidas para siempre de su bienaventuranza; á tantos y tantas que, como el siervo perezoso, no trabajan en el cultivo de la viña de su alma, dejan pasar inútilmente el precioso tiempo de la vida, y en el momento triste de la muerte, atados de piés y manos,

son arrojados por irrevocable sentencia en las tinieblas exteriores, como dice el Evangelio. ¿Qué remedio, pues, para una enfermedad tan perjudicial y tan maligna? Yo no encuentro otro, sino arrojar al momento de nuestras almas un veneno tan mortal, pero tan traidor y disimulado, y revestirnos despues de un nuevo espíritu, para dedicarnos al cumplimiento de nuestras obligaciones con un maravilloso fervor; concebir un grande celo por la salvacion de nuestras almas y las de nuestros prójimos, y resolvernos eficazmente á vencer con fortaleza cristiana, ayudados de la divina gracia, los respetos humanos, las tentaciones del demonio, las máximas del mundo, y los combates domésticos de nuestras mismas pasiones: fervor, celo y fortaleza, tres remedios contra la enfermedad de la tibieza, y que nos harán pasar desde ella á la clase de verdaderos y fervorosos devotos.

2. Estos son unas personas, que hacen de su obligacion su mérito para con Dios, el mayor gusto para sí mismos y su honor para con el mundo. Hacen, digo, su mérito para con Dios, porque lo que Dios les pide singularmente, y sobre todas las cosas, es el cumplimiento de sus obligaciones; porque una vez que son obligaciones ordenadas por Dios, cuanto más perfectamente las cumplen, tanto más perfectos son en su divina presencia y agradables á sus ojos. Por este medio se conforman tambien con los decretos de su sabiduría en el gobierno del mundo; porque ¿qué es lo que hace subsistir la sociedad humana, sino el buen orden que reina en ella? Y ¿qué es lo que establece este buen orden, que reina en ella y la conserva, sino el que cada uno cumpla exactamente con el empleo en que se halla, y las funciones que son propias de él, segun su clase y profesion? Y como hay tanta diferencia entre estas funciones y empleos, cuantas son las profesiones y estados, se sigue, que las obligaciones no son en todos las mismas, y que las devociones han de ser forzosamente diferentes. La devocion de un secular, la de un religioso, ni la de un lego es la devocion de un eclesiástico, y así de los demás estados. Para que entendais bien esto, es necesario distinguir el espíritu, de la devocion; y la practica, de la devocion. La devocion en el espíritu ó en su esencia debe en todos ser la misma, porque en este sentido no es otra cosa que honrar á Dios, obedecer á Dios y vivir segun su santísima voluntad. Pero en la práctica y en el ejercicio es tan diversa la devocion, como lo son las obligaciones y ministerios; y así, lo que es devocion en uno, no es devocion en otro; porque la obligacion y ministerio de uno, no es ministerio y obligacion del otro. Que una pobre viuda con hijos pequeños á quienes mantener, con casa de que cuidar y labores en que ocuparse, se esté toda

la mañana ó la mayor parte de ella en la iglesia, orando, visitando los altares, abandonando su casa, sus hijos y sus ocupaciones; esta no seria verdadera devocion, sino un error, una ilusion, un engaño, pues faltaba á sus primitivas y esenciales obligaciones. Que una mujer casada, no cuidando de su marido, solamente cuide de asistir á todas las novenas que se hacen en su pueblo, que vuelva tarde á su casa, donde halle las cosas sin arreglo, y á su marido desazonado é inquieto con su tardanza, ¿quién no dirá que no falta á su obligacion, y que su concurrencia á las novenas es un pecado? Que un artesano pierda su jornal por estar oyendo misas toda la mañana, viva el resto del dia ocioso, y se queden sin alimento su mujer y su familia, ¿quién no se persuadirá, que es un hombre iluso, engañado con su falsa devocion? ¿Qué diríamos de un comerciante, que tuviese sus cuentas sin ajustar, sus compras y ventas sin arreglar, y sus libros de caja embrollados, llenos de confusion y desórden, por estarse largas horas en la iglesia? ¿Qué pensaríamos de un juez, de un abogado ú otro hombre de negocios, que por asistir á todos los sermones, á los ejercicios y al rosario, retardase el despacho de las causas, eternizase los procesos, perjudicase á los litigantes con tan pésimas dilaciones, dejando las escrituras sin firmar, los pedimentos sin presentar, las citaciones sin hacer, ó pronunciase al fin una sentencia precipitada y sin conocimiento exacto de la parte donde se hallaban la verdad y la justicia? ¿Qué diríamos, repito, de un hombre de este carácter? ¿Qué habíamos de decir, ni qué habíamos de pensar, sino que éste, aquél y los otros, que hemos nombrado poco há, faltaban enormemente al cumplimiento de su obligacion, á la sombra de una devocion fantástica y mal entendida. Es, pues, una regla excelente, amados mios, juzgar de nuestra devocion por nuestra obligacion, y establecer nuestra devocion sobre el cumplimiento exacto de nuestra obligacion; regla segura, regla general, y que comprende á todas las personas del mundo. Toda otra devocion, sin esta idea, no es más que una devocion imaginaria; y esta sola devocion, sin dependencia de las demás, puede hacernos adquirir el mayor mérito y elevarnos al más alto grado de santidad.

Dije tambien, que los verdaderos devotos, no solo hacian su mérito para con Dios, cumpliendo exactamente con sus obligaciones, sino que tambien hallaban en esto su mismo placer y gusto. No ignoro, que el Evangelio nos intima una mortificacion continua; pero tambien sé, que hay una cierta quietud de alma, un cierto gusto interior, que comunica la verdadera devocion, y nos lo hace hallar en la práctica y cumplimiento de nuestras obligaciones. Porque, piense

como quisiere la libertad y el desórden, siempre es de suma utilidad el cumplir con su obligacion; porque haciéndolo así, aunque se tuercan las cosas, aunque los sucesos no correspondan, aunque todo se trastorne, siempre le queda á una alma piadosa y recta este grande consuelo y firme apoyo: *hice lo que debia, cumplí con mi obligacion.* Que se conjuren todos contra mí, que se imaginen ofendidas muchas personas, que se burlen y rian del mal suceso de esta ó la otra dependencia, siempre queda en el corazon este consuelo y alegría: *cumplí con mi obligacion, hice en este particular lo que debia hacer.* Bástale á un hombre de bien este pensamiento, para asegurarle contra todos los discursos y calumnias, y contra todas las desgracias que le sucedan; porque, por triste y desagradable que sea lo que le suceda, se vuelve siempre á esta grande y admirable máxima, que jamás se aparta de su memoria, y que le dá una constancia inencontrable: *yo he hecho lo que es de mi obligacion.* Y si sale bien lo que ha emprendido, tiene tanto más puro y sensible placer, cuanto sabe, que no ha logrado la empresa sino por medios honestos y cumpliendo con su obligacion. ¿Qué placer más puro, qué alegría más digna de una alma racional!

Ultimamente dije, que los verdaderos devotos se conciliaban la estimacion y honor para con el mundo. Porque, aunque es propio de la humildad cristiana huir del esplendor, y no solicitar jamás la estimacion de los hombres por impulso de soberbia y vanidad, no condena por eso el cristianismo, que tengamos un razonable cuidado de nuestra reputacion, en lo que mira á la integridad y rectitud de conducta. El Espiritu santo nos manda tener cuidado con nuestro buen nombre, cuando nos dice: *Curam habe de bono nomine: ECCLII. LXI. 45.* Y lo que nos acarrea esta buena reputacion, á que debemos aspirar, hasta cierto punto, es el ser puntuales y exactos en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Se halla hoy el mundo muy corrompido, porque está lleno de gentes sin fe, sin religion y sin verdad; y para decirlo más claro, está lleno de embusteros, de impios, de perversos y malvados; sin embargo, me atrevo á asegurar, que no hay personas en el mundo de tan poco entendimiento, ni de tan relajadas y corrompidas costumbres, que no estimen y respeten en lo interior de su alma á un hombre, que saben ser fiel al cumplimiento de su obligacion, inflexible en lo que mira á su obligacion, dirigido y gobernado en todo por el cumplimiento de su obligacion. Un hombre de este carácter imprime veneracion; y ninguno, por más que le pese, se puede negar á honrarle.

No lo dudeis, oyentes mios; los verdaderos devotos piensan, y

piensan bien, que su devocion consiste en cumplir exactamente sus obligaciones. Para con Dios, con un espíritu de verdadera religion; para con el prójimo, con un espíritu de verdadera caridad; y para consigo mismos, con un espíritu de verdadera mortificacion; ésta sujeta sus pasiones, doma sus apetitos y los mantiene humildes, sóbrios, modestos y aplicados á su oficio y ministerio. La caridad los hace útiles á sus prójimos con sus consejos, sus buenos ejemplos y sus limosnas, para aliviar sus necesidades temporales y sus trabajos espirituales. Y la Religion los lleva á adorar al Omnipotente en sus santos templos, á frecuentar devotos la oracion, á recibir fervorosos los sacramentos, á procurar la gloria de su divina Majestad y la exaltacion de su santo y terrible nombre, para que no sea ofendido de las criaturas. Este fué siempre el camino de los justos, esta la ruta de los Santos, por aquí han caminado todos cuantos logran la posesion de la feliz bienaventuranza. Las Virgenes, los Confesores, los Mártires, los Apóstoles, los Patriarcas, los Profetas, todos se salvaron por el exacto cumplimiento de sus obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos. Por más dulces, por más amables que les fuesen las horas destinadas á sus piadosos ejercicios, se interrumpian en el momento mismo que su obligacion los necesitaba. San José, apetece con las más vivas ansias de su corazon tener siempre en sus brazos al dulcísimo niño Jesús; pero como la obligacion al trabajo le llamaba para la manutencion del mismo Hijo y Madre santísimos, le dejaba, aunque con dolor, en los brazos de la Virgen, para aplicarse en su taller al despacho de las obras que le habian encomendado. Dulcísimos é inexplicables eran los consuelos que en la oracion recibia de Dios la misma virgen María; pero cuando las ocupaciones domésticas la necesitaban, cuando su aplicacion á la labor era precisa por la ancianidad y enfermedades de san José, sabia muy bien la Virgen trasnochar con la almohadilla y la aguja en las manos, porque esta entónces era su obligacion. El mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que tanto amaba á su madre, se separaba de ella, por ocuparse en sanar enfermos, resucitar muertos, ahuyentar demonios, enseñar á todos el camino del cielo y entregarse del todo á las demás cosas que pertenecian á su mision, y á la mayor honra y gloria de su eterno Padre. *Nesciebatís quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse:* Luc. II, 49. ¿Ignorais acaso, dijo un dia á su madre y al santo José, que con dolor y pena le buscaban; no sabeis que yo debo ocuparme en el cumplimiento de mi obligacion, llevando á ejecucion cuanto me manda mi Padre? No lo dudéis pues, amados míos; Jesús, María y José, con todos los demás Santos y cortesa-

nos del cielo, os enseñan este camino. Todas sus voces no forman más que este solo clamor: cumplid con vuestra obligacion, y esta es vuestra verdadera devocion.

Por tanto, pecadores, desechad esa vana confianza que teneis en vuestras devociones: con ellas no os salvareis, miétras que no arrojéis de vuestras almas el vicio y empeceis á practicar constantemente la virtud. Los Santos van delante de vosotros, enseñándoos con su ejemplo y su doctrina, lo que debéis practicar con Dios, con el prójimo y con vosotros mismos. Con Dios, resolviéndoos á amarle con todo vuestro corazon, con todas vuestras fuerzas y con toda vuestra voluntad; dirigiéndole todos vuestros pensamientos, palabras y obras, para que con su gracia las santifique y con su amor las perfeccione; temiéndole como á rectísimo juez, que os ha de sentenciar segun el mérito de vuestras obras; teniéndole siempre presente en todos los lugares, en todos los tiempos y en todas las acciones, para que vayan acompañadas de la debida rectitud y perfeccion; creyendo en todas las verdades eternas, que como sapientísimo y santísimo maestro se ha dignado enseñar y revelar á su Iglesia; esperando en él como en vuestro bien sumo y vuestra verdadera felicidad, que os dará los auxilios necesarios para conseguirla; conformándoos con sus adorables disposiciones, ya sean favorables ó ya adversas; recibiendo con paciencia los dolores, las enfermedades, la pobreza, las persecuciones y demás miserias, de que vivimos repletos todos los hombres, como decía el santo Job: Job, XIV, 1, y admitiendo sin soberbia, sin orgullo, sin elacion del ánimo todas las demás misericordias, que su divina Majestad quisiere derramar sobre vosotros, humillándoos, finalmente, en su presencia, para confesar su infinito poder y vuestra dependencia. Así cumplireis con la obligacion que teneis para con Dios; pero, ¡ay! si sordos á estas verdades, si ciegos á estas claras luces, continuais en vuestros desórdenes; si vivís lujuriando, maldiciendo, jurando, murmurando, robando, mintiendo y siendo voraces, iracundos soberbios, bebedores y ociosos, ¿de qué (decídmelo por amor de Dios), de qué podrán serviros vuestras frívolas devociones? Sed, pues, fieles á vuestra obligacion para con Dios, si quereis ser felices eternamente; pero sedlo también para con vuestros prójimos.

Sí, hermanos míos: Dios nuestro Señor os ha criado sociables; vivís en medio de vuestro pueblo, donde si teneis ojos para ver, se os presentarán á cada paso mil necesidades de vuestros prójimos, que podreis acaso remediar, porque, unos, podeis defender en los tribunales las causas de la viuda desamparada, del huérfano desvalido y del

pobre desechado, amparándolos, protegiéndolos contra la violencia y la injusticia; y poniéndolos de su parte en cuanto tuvieren razon y la verdad les favoreciese. Hacedlo así, dice el Señor y despues venid á mí, y argüidme, si yo no usase con vosotros de misericordia. ISAI. I, 17. Otros, podeis evitar los escándalos con vuestro carácter, con vuestra autoridad, con vuestro zelo: evitad, pues, esas muertes espirituales de tantas almas, que perecen por no arrojar del pueblo una oveja apestada, que inficiona todo el rebaño de Jesucristo. Estos, se hallan con caudal sobrante para promover un establecimiento útil en su pueblo, una escuela, un estudio, un hospital, una casa de misericordia, en que recogidos y alimentados los pobres, se les instruya en las obligaciones de cristianos y de ciudadanos, de que tan olvidados viven innumerables, por haberse acostumbrado desde su niñez á la holgazanería, á la ociosidad, á la lacería; sin servir en el estado más que de un brazo inútil y sin provecho; ni en la Iglesia más que de un espíritu muerto en sus vicios y pecados. Aquéllos, poseen un rico tesoro de luces, de prudencia, de sabiduría para instruir á sus prójimos desde los sagrados púlpitos; éstos para asistir á los enfermos; aquéllos para auxiliar á los moribundos; éstos para consolar á los tristes; aquéllos para animar á los pusilánimes; y, finalmente, no hay hombre, por más infeliz que se le suponga, que no pueda ser útil á sus prójimos, si él eficazmente lo procura.

Por último, es necesario, amados pecadores, no solo cumplir las obligaciones para con Dios y para con el prójimo, sino tambien para con vosotros mismos. Las obligaciones para con Dios nos compelen á reconocerle, adorarle y servirle con un espíritu de verdadera religion. Las obligaciones para con el prójimo nos precisan á procurarle el bien con un espíritu de verdadera caridad; y las obligaciones para con nosotros mismos nos apremian á sujetar nuestras pasiones y apetitos viciosos con un espíritu de verdadera penitencia: sin ésta, hermanos míos, no hay cielo. Este es el único negocio que nos importa, nada ménos que una feliz eternidad: nuestra salvacion, sí, nuestra salvacion. Diga el mundo, hable el mundo y murmure el mundo cuanto quiera, vamos nosotros á correr tras este *uno* necesario como lo llama el Evangelio; *Porro unum est necessarium*: Luc. x, 42. Si te salvas, todo lo lograste; si te condenas, todo lo perdiste. Fijad vivamente en el alma esta terrible verdad, que poderosa es para arrancaros de vuestros vicios, para haceros llorar y clamar á los piés de Jesucristo crucificado con el mayor dolor y pena por vuestras culpas pasadas, y con las más vigorosas resoluciones de entablar una vida irreprochable en lo venidero, para reparar con la mortificacion y

aflicciones de la carne vuestros mismos pecados. Poderosa es para trasladaros al estado de los devotos verdaderos y fervorosos, que renunciando todos los placeres del mundo, dedicándose á las buenas obras, entregándose á la oracion, á la visita de los sagrados templos, al frecuente uso de los santos Sacramentos, al arreglo prudente, económico y cristiano de su casa, al cuidado de los pobres, forman acá, en la tierra, un anticipado cielo. Sí, Dios mio: *Et dixi nunc cæpi: hæc mutatio dexterae Excelsi*: PSALM. LXXVI, 11. Hoy ha de ser aquel dia feliz, que determinaste desde la eternidad, para que yo me pasase al partido de la piedad.

Venid, Dios mio, á obrar en mí esta mutacion, que es obra de vuestra mano: espero que ella me fortalezca, para que yo jamás retroceda de este camino recto, que hoy empiezo. ¿Es posible, amado Redentor mio, que no haya yo conocido hasta ahora este bien tan precioso y verdadero? ¡Ay! ¿qué me ha quedado de mis pasados deleites, sino una pena, una amargura, que me atraviesa el alma? ¿Qué fruto han producido mis desarreglos y mis vicios, sino un pesar insufrible, un sentimiento doloroso, que me traspasa el corazon? ¿Es posible que fuese tanta mi locura, que pensase podia hallar la tranquilidad de mi espíritu, el gozo de mi corazon, en las ofensas y agravios de mi Dios? ¿Dónde estaba mi entendimiento? Quería componer el mundo y el Evangelio, y no podia; queria la paz con el pecado, y no podia; queria seguir mis vicios y ser devoto, y no podia. ¡Ah! ¿cómo habia de poder unir el cielo y el infierno, las tinieblas y la luz, la gracia y la culpa? Pero ya, Dios mio, cayeron de mis ojos aquellas escamas, aquellas cataratas, que me impedian ver esta verdad. Ahora la veo, Jesús mio, en medio de mis lágrimas, mi dolor, mi pena y sentimiento. Sostened mis reflexiones y resoluciones, mantened mis propósitos. Santos... Santas... Virgen santísima... interceded por todos, para que todos lleguemos al cielo.